

## Memorias e historia(s): La nueva guerra civil española (La historia entre las trincheras de la memoria)

Jean Meyer

### “La memoria roja”

Cada vez va siendo más difícil sostener la existencia de un pacto de silencio que, en aras del consenso y la reconciliación, habría sepultado en el olvido los momentos más dramáticos de la reciente historia de España. El volumen de lo publicado en los últimos años sobre la Guerra Civil alcanza tal magnitud que el tópico de la amnesia colectiva impuesta por la transición debería ser urgentemente sustituido por la afirmación de Manuel Azaña de que el pueblo español tiene una relación morbosa con su historia, que explicaría por qué, según sus palabras, desenterrar a los muertos es pasión nacional.<sup>1</sup>

Retorna, ha dicho Jorge Semprún, la “memoria roja”, lo que no deja de ser bueno, además de inevitable, pero regresa también, con unos años de retraso, y en forma de reacción, la “memoria azul” y, de repente, el ambiente se tensa y el lector, además de abrumado por tanta producción desigual, repetitiva, novedosa, excelente, pésima, se siente de nuevo atrapado en una guerra civil, no mortífera, pero sí peligrosa.



NO SE SABE DE LO QUE VIVE.

Nuestro extrañado Javier Tusell decía que “los derrotados españoles de 1939 experimentaron”, no como el alemán Victor Klemperer un progresivo ahogamiento personal frente a la indiferencia de la mayor parte de la población, sino el mismo “estrangulamiento de una forma más inmediata, incluso instantánea. No hubo tanta indiferencia como perduración de odios mutuos y sobre todo un terrible abrumador silencio”.<sup>2</sup>

Las memorias roja y republicana, que no son una sola y misma memoria, tratan esencialmente del terror nacionalista y franquista, de la represión ejecutada por “el otro”. De manera normal, los que se identifican con los represaliados están propensos a la indignación moral, a la condena, que no al frío análisis y mucho menos a la reflexión sobre la violencia en el bando “nuestro” y las posibles responsabilidades propias en la derrota final. No tanto en forma

<sup>1</sup> Juan Francisco Fuentes, “La guerra que no cesa”, en *Revista de Libros* 102, junio 2005, p. 13.

<sup>2</sup> Javier Tusell, “El terror franquista”, en *El País*, (Babelia), 5 de junio 2004.



VIVE DE SU TRABAJO.

de búsqueda de causas, del ¿porqué? sino del ¿cómo?

En esa familia se llega al extremo de utilizar palabras como “genocidio” y “holocausto” que no se aplican a lo sucedido entre 1936 y 1939, tampoco al terror franquista posterior. Hay que calibrar las palabras y usarlas con parsimonia y precisión. Si el inglés Paul Preston publica su *El holocausto español* allá él, pero yerra el título y comete un error conceptual, si es de tomarse en serio el vocablo empleado.

El gobierno español encargó a una comisión interministerial estudiar la situación de las víctimas de la guerra y de la represión franquista para lograr su rehabilitación moral y jurídica. Carme Molinero, directora del Centro de Estudios sobre las Épocas Franquista y Democrática de la Universidad Autónoma de Barcelona, afirma que “recuperar la memoria histórica como base de la ciudadanía democrática es un deber de justicia”. Esa tesis es hoy día universalmente aceptada en todos los países democráticos, y descansa sobre la temática abierta en Francia hace una generación —sin que supieran que llegaría a dicho tema— por Pierre Nora y sus cole-

gas, con los famosos “lugares de memoria”. Carme Molinero dice:

[...] la memoria pública no es espontánea, sino que es el resultado de una selección de hechos para el recuerdo; se debe decidir qué recordar y para qué. Afortunadamente se ha extendido en la sociedad española la necesidad de reflexionar sobre nuestro pasado inmediato [...] recuperar la voz de los “vencidos” de la Guerra Civil y de las víctimas de la represión franquista.

Afirma que el régimen franquista desarrolló una política de la memoria para hacer desaparecer

[...] la memoria democrática y así poder consolidar una nueva memoria colectiva afín a sus postulados políticos [...] Durante la transición el recuerdo de la Guerra Civil y la necesidad de consolidar un régimen democrático condicionó la posibilidad de desarrollar una política de la memoria que enlazase con la tradición democrática anterior. Tampoco cuando la democracia ya estuvo consolidada las instituciones tuvieron interés en desarrollar una política de la memoria propia, basada no sólo en la exaltación de los valores democráticos, sino, también, en la reivindicación de aquellos que habían luchado contra el franquismo y que, con su esfuerzo, fueron una pieza esencial en la instauración de la democracia. Es decir, durante mucho tiempo, la falsa memoria recreada por el franquismo no se vio

contrarrestada institucionalmente con una nueva política de la memoria sustentada en referentes democráticos pasados y presentes.<sup>3</sup>

Luego afirma que la situación ha cambiado, que “la sociedad reclama hoy conocer la magnitud de la represión”, reclama que se ponga fin a la “manipulación de la historia”, “reclama que el callejero y los monumentos ejerzan la función didáctica que les corresponde como lugares de memoria”. Concluye que “finalmente las instituciones están recogiendo esa demanda social”, que eso no significa “participar en la confrontación de memorias, sino asegurar la incorporación del conocimiento riguroso del pasado a la memoria pública, lo que, en el caso español supone transmitir la significación de la II República, el franquismo y el antifranquismo a la luz de los valores democráticos”.



VIVE DEL TRABAJO... DE LOS DEMÁS.

<sup>3</sup> Carme Molinero, “Memoria y democracia”, en *El País*, domingo 7 de noviembre 2004, p. 13.



VIVE DE ILUSIONES.

Varios autores y comentaristas comparten esas tesis y subrayan que la democracia actual ha reanudado felizmente con una tradición democrática anterior, especialmente bien representada por la II República; insisten también que hubo, a la hora de la transición y del gobierno socialista de Felipe González, un verdadero pacto del silencio, una

[...] estrategia del olvido, patrocinada por los protagonistas políticos de la transición y por los historiadores de prestigio [...] El problema no es la ignorancia histórica, sino la deriva moral: si no se ajustan las cuentas con ese pasado, las generaciones venideras se incorporarán o incorporarán un tipo de (in)humanidad colectiva que conserva los gérmenes letales de donde proceden. Este libro [*Las fosas del silencio*, de Montse Armengou y Ricard Belis]<sup>4</sup> pone de manifiesto que la memoria es imparabable y que lo que no se hizo en la transición, ni se ha hecho aún ahora, se hará. Ya no basta con conocer el pasado, hay también que preguntarse por qué ha habido que callar.<sup>5</sup>

Más adelante, les daré la palabra a los “historiadores de prestigio”, los villanos del cuento.

“Las fosas comunes de Irak no difieren de las de Franco”, afirma Paul Preston al anunciar que en su *Holocausto español* dará una “visión integral de la represión durante la guerra y en el franquismo”, “el régimen que hizo todo lo posible por falsificar lo que había pasado”. Dice que hay “necesidad de una política de la memoria para no repetir el pasado”.<sup>6</sup>

Julián Casanova, historiador también, sostiene las mismas tesis en sus libros y artículos: “La memoria de los vencedores, amos absolutos durante la dictadura de Franco, ocupa todavía un espacio



VIVE DE LO QUE CAIGA.

<sup>4</sup> Plaza y Janés, Barcelona, 2004. De ese libro aquí tan celebrado, Javier Tusell escribía: “Finalmente el trabajo de mérito más dudoso es el escrito por Armengou y Belis, siempre a través de fuentes secundarias y testimonios orales, y además contradictorio en cuanto a las cifras”. (*El País*, Babelia, 5 de junio 2004) En cambio, el libro le gusta a Paul Preston.

<sup>5</sup> Reyes Mate, “El silencio de las palabras”, en *El País*, 7 de agosto de 2004, p. 10.



VIVE DE SUS BENTAS.

preeminente en comparación con la de los vencidos”. Y cuando se toca el tema, se exhibe “el síndrome neo-franquista: recordar la República como un gran fracaso que condujo a una guerra civil, drama y tragedia en la que todos los combatientes cometieron barbaridades, y ocultar, o relatar de pasada, los asesinatos, las torturas y violaciones sistemáticas de los derechos humanos que cometieron Franco y su dictadura”. Denuncia “la convergencia entre el revisionismo histórico y ese síndrome neo-franquista”. Afirma que durante la guerra la represión nacionalista cobró 90 000 vidas y la republicana 55 000; que si bien 7 000 eclesiásticos fueron asesinados, “toda esa violencia anticlerical, sin embargo, corrió paralela al fervor y entusiasmo, también asesino, que mostraron los clérigos allá donde triunfó la sublevación militar. Acabada la guerra, la Iglesia de la cruzada, de Franco, se vengó con creces de los vencidos”.<sup>7</sup>

<sup>6</sup> P. Preston, “Las fosas comunes...”, en *El País*, 31 marzo 2004, p. 36.

<sup>7</sup> Julián Casanova, “La historia que nos cuenta TVE”, en *El País*, 3 de abril 2005, p. 19.

En otro artículo habla de tres momentos en la historia y en la memoria de la guerra: en una primera etapa, durante las dos primeras décadas de la transición, “un variado grupo de historiadores” trabajó bien pero “sus tesis y conclusiones no llegan a un público amplio y rara vez interesaban a los medios de comunicación”. Luego vino la memoria, desde la segunda mitad de los años noventa, y finalmente, la reacción neo-franquista, por parte de

[...] conocidos periodistas, propagandistas de la derecha y aficionados a la historia, que han retomado la vieja cantinela de la manipulación franquista: fue la izquierda la que con su violencia y odio provocó la Guerra Civil [...] La propaganda sustituye de nuevo el análisis histórico [...] No hay nada nuevo pero funciona con sus habituales tópicos sobre octubre de 1934, el terror rojo, el anticlericalismo, Paracuellos, las Brigadas Internacionales, las checas y el dominio soviético.<sup>8</sup>



VIVE DE RENTAS... DE SU MUJER.

### Ni rojos, ni azules, más historiadores que memoriosos

En octubre de 2004 en Madrid, un seminario de seis sesiones se acercó desde puntos de vista diferentes a lo que fueron la guerra y el franquismo; la novela, las autobiografías, los noticieros, los manuales escolares, el cine y las ciencias sociales fueron examinados con toda libertad sin miedo a lo políticamente incorrecto. *Memoria de la guerra y el franquismo* permitió ver que nunca se dejó de escribir sobre la guerra, que no hubo olvido, sino carga ideológica muy fuerte, especialmente cuando más cerca se encontraba uno de la guerra. “Ahora ha llegado una generación que no vivió la guerra, que ni siquiera vivió la dictadura, dijo Santos Juliá, y que, por lo tanto, vuelve atrás y responde a los datos de la historia desde otra mirada”.<sup>9</sup>

Paloma Aguilar considera que en 1993, en vísperas de las elecciones, los socialistas decidieron romper uno de los dos pactos no escritos de la transición (no instrumentalizar la guerra, ni instrumentalizar la dictadura) y señalar que la nueva derecha que compite contra ellos es la vieja derecha de Franco. Se abre así el camino y ya se puede volver a tratar del pasado. Javier Pradera afirmó: “Quienes plantaron cara a Franco hacia 1956 fueron los herederos de la izquierda de la República. Su alimento era el marxismo, nada tenían que ver con ninguna tradición liberal ni democrática.” Afirmación que no puede gustar a Carme Molinero.<sup>10</sup>

<sup>9</sup> Santos Juliá en José Andrés Rojo, “De vuelta al pasado sin miedo ni culpa”, en *El País*, 31 de octubre 2004, p. 26.

<sup>10</sup> *Idem*.



VIVE DE LA TOLERANCIA DEL GOBIERNO DEL DISTRITO.

Poco antes, Javier Tusell había desmentido:

No es cierto que la transición haya seguido una voluntaria política de amnesia y que por ello exista una democracia incompleta. Pero los sucesivos gobiernos no han querido enfrentarse con el pasado con una voluntad construida con rigor y voluntad de reconciliación. El retorno de la “memoria roja” puede hacer olvidar que existe la “memoria azul”. Cualquier reflexión acerca de aquello que hizo un bando debe acompañarse, en paralelo, de la relativa a aquello de que fue autor (o podría, caso de haber triunfado) el otro. Exige además rigor [...] Si se parte de estas realidades se conseguirá avanzar en una profunda reflexión moral [...] con un profundo efecto catártico.<sup>11</sup>

Concluía valientemente: “Por otro lado, a riesgo de no entender nada, el franquismo no puede limi-

<sup>11</sup> Javier Tusell, “El terror franquista”, en *El País*, (Babelia), 5 de junio 2004.

tarse a la represión y corremos el peligro de concentrar en ella todos los estudios científicos.”

Por las mismas fechas, el teólogo Olegario González de Cardenal se preguntaba: “¿Qué España?”, y contestaba:

Estamos asistiendo de nuevo a ese terrible “adanismo” de los españoles, que de tiempo en tiempo deciden abolir la historia [...]. Se eleva a categoría absoluta un momento de la historia anterior; a partir de él se descartan los demás y con él como modelo se configura una nueva legislación, una cultura y una comprensión de la ciudadanía, convirtiéndola en criterio de dignidad y de exclusión.

Piensa que “esa cultura aliada de un poder político o que un poder político tiene a su servicio” lleva a España de la unidad a la pluralidad de Españas, de la monarquía a la república y que cada uno de esos tránsitos tiene su historia propia, sus métodos, un tratamiento específico. Apunta así “la glorificación incondicional y repetida día tras día de la Segunda República [...] como modelo limpio de toda sospecha, dándose por supuesto que todo fracasó por motivos impuros,



Atl

interesados y violentos”. Pregunta por qué “ciertos grupos culturales no han hecho ninguna revisión de su trayectoria moral y política; no han integrado lo que la caída del muro de Berlín llevó consigo [...] Siguen manteniendo en secreto estos ideales de sus años setenta: “La fe es una alienación radical de la vida humana... Dios es un juguete roto [...] De la Almudena lo mejor que se puede esperar es que fuera un solar sin una piedra y campo limpio. Estas frases son de Tierno Galván”.<sup>12</sup>



Cabildo

La Segunda República bien podría ser la próxima manzana de discordia entre los historiadores, los que trabajan para la historia, no los que se ponen al servicio de una memoria. Como la tesis “azul” siempre afirmó que los “rebeldes” de julio de 1936 ni fueron golpistas, ni fueron rebeldes, porque los socialistas se habían levantado en armas contra la República en octubre de 1934, en Asturias, la tesis del otro bando se limita a negar cualquier relación entre esa insurrección y el inicio de la Guerra Civil. Eso ya lo

<sup>12</sup> Olegario González de Cardenal, “¿Qué España?”, en *El País*, 12 de octubre 2004, p. 14.



Castillo Ledón

vimos. La reciente historiografía “revisionista” o “neofranquista” insiste en que octubre de 1934 es el momento de quiebra definitiva de las instituciones republicanas y, por lo mismo, el punto de partida de la Guerra Civil. “Tal opinión de panfletarios conversos es compartida en lo esencial por historiadores más profesionales”, reconoce la historiadora Marta Bizcarrondo,<sup>13</sup> antes de proceder a su refutación. Ella piensa que la “insurrección preventiva” del PSOE y de la UGT se explica por los antecedentes de Alemania 1933 y de Austria 1934, los triunfos del fascismo en Europa y la estrategia “suicidio” de la social-democracia, y de comparar al dirigente de la CEDA, José María Gil Robles, con el austriaco Dollfuss. Ciertamente reconoce “la radicalización socialista desde mediados de 1933”, basada en “una interpretación primaria de lo que era una política socialista en democracia, con una propensión asimismo suicida a responder mediante la insurrección a un eventual giro político a la derecha” (la entrada en el gobierno de tres ministros de la CEDA). Reconoce que para los socialistas,

<sup>13</sup> “Octubre del 34: las dos memorias”, en *El País*, 8 de octubre 2004, p. 14.

[...] sorprendentemente la democracia en cuanto tal no entraba aún en su estrategia [...] Ciertamente, la insurrección de 1934 agudizó las tensiones que precipitaron la crisis del régimen, a posteriori, puede decirse que no hizo bien alguno a la democracia republicana. Todo lo contrario. Ahora bien, nada indica que los generales hubiesen permanecido en los cuarteles ante una nueva victoria electoral de la izquierda...

Juan Francisco Fuentes, historiador, piensa que no faltan razones para establecer una línea de continuidad entre octubre 1934 y julio 1936.

Y aún se podría añadir el uso retórico que la izquierda del PSOE venía haciendo desde tiempo atrás del concepto mismo de guerra civil —“Estamos en plena guerra civil”, había afirmado Caballero a finales de 1933— y la aparición de algunos textos revolucionarios de octubre de 1934.<sup>14</sup>

Sandra Souto estudia ese proceso de radicalización de la izquierda obrera española a partir de 1933, en el marco de la violencia social y política de la época que se ha dejado de subestimar: Santos Juliá había señalado ya la

<sup>14</sup> J. F. Fuentes, “La guerra que no cesa”, en *Revista de Libros* 102, junio 2005, p. 13. Los textos son citados por Sandra Souto en su libro *¿Y Madrid? ¿Qué hace Madrid? Movimiento revolucionario y acción colectiva 1933-1936*, Madrid, Siglo XXI, 2005.

espiral revolucionaria que condujo a la huelga general de octubre de 1934. En su libro, Souto explica por qué una fuerza tal fracasa en un movimiento minuciosamente preparado por sus dirigentes, con acopio de armas, preparación militar, formación de un *shadow government*. Preparaban un octubre al estilo bolchevique con levantamiento armado de milicias socialistas y militares profesionales simpatizantes. Para Fuentes, ese acontecimiento marcó “la deriva de la España republicana hacia una guerra civil que algunos líderes políticos consideraban, desde hacía tiempo, no sólo inevitable, sino hasta deseable”.

Bartolomé Bennassar, el gran historiador francés polifacético, acaba de publicar *La guerre d'Espagne et ses lendemains*.<sup>15</sup> Como muchos historiadores, él subraya la importancia de octubre 1934 “que se convirtió en el preludio de la guerra civil al desencadenar un proceso revolucionario que nunca llegaría a controlarse”. Según él, el fracaso del reformismo republicano está ligado a la ausencia de reforma agraria seria, como la que Lázaro Cárdenas estaba terminando en



Acosta

<sup>15</sup> Bartolomé Bennassar, *La guerre d'Espagne et ses lendemains*, París, Perrin, 2005.



Giffard

México en los años treinta. El proceso revolucionario que arranca después de la corta victoria del Frente Popular (por 200,000 votos) llega muy tarde para solucionar ese problema y contribuye a desencadenar la guerra.<sup>16</sup> Bennassar rechaza la versión de un pequeño grupo de conspiradores militares y clericales que dan el golpe por razones egoístas y prefiere plantear al julio de 1936 como un proceso interactivo complejo en el que participaron todos, izquierdas y derechas.

Historiadores como Bennassar, Antonio Cazorla, Juan Francisco Fuentes, Santos Juliá, Enrique Moradiellos, dicen que “hay que contar la Guerra Civil de forma desapasionada”.<sup>17</sup> “He querido decantar 30 años de investigación histórica con una mirada serena”, dice Moradiellos para presentar su libro *1936. Los mitos de la guerra civil*.<sup>18</sup> Pone en cuestión dos versiones, dos tendencias:

<sup>16</sup> Hay textos en *El Socialista*, a principios de 1936, que llaman a “superar” a la República y a imitar a la Unión Soviética, con un tono radical de miedo.

<sup>17</sup> Título de su entrevista en *El País*, 10 de septiembre 2004.

<sup>18</sup> Enrique Moradiellos, *1936. Los mitos de la guerra civil*, Barcelona, Península, 2004.

[...] la que cuenta la guerra como un mito épico, una gesta heroica, y que reproduce los discursos que cada bando defendió en las trincheras; la otra sustituye el carácter épico por una visión doliente y entiende la guerra como una matanza fratricida, una locura trágica en la que todos se vieron envueltos. Es la interpretación que prepara la transición. Ya que fue una locura, se trata de preparar el perdón y el olvido.

El historiador presenta un cuadro mucho más complejo que el memorioso. Moradiellos ve enfrentarse antes de la guerra la revolución, la reacción y la reforma sin que ninguna consiguiera imponerse claramente.

Si la guerra se desencadenó fue porque, por un lado, existía en aquellos años la convicción generalizada de que la violencia era un camino eficaz para conquistar los fines de cada tendencia y, de otro, porque una de esas tendencias tenía acceso en España a las armas. El Ejército en lugar de defender al gobierno legítimo, se fracturó [...] se partió por la mitad.



Ochoa

Antonio Cazorla Sánchez dice tranquilamente:

Es innegable que la mayoría de los profesores universitarios de historia son más de izquierda que la mayoría de la sociedad, lo que sin duda se refleja en su trabajo. Es más, en la obra de algunos historiadores hay todavía un rancio enfoque frentepopulista que intenta ganar batallas ya irrelevantes. A esas alturas, todos deberíamos haber asumido muchas cosas nada agradables de la todavía idealizada república, y se tenía que haber hecho más hincapié en los crímenes cometidos en su nombre, reconociendo la legitimidad del sufrimiento del prójimo, independientemente de quién o por qué lo mataron.<sup>19</sup>

Precisamente, sobre la represión, los historiadores han sido capaces, a diferencia de los memoriosos que cuentan sólo a *sus* muertos, de manifestarse “sin complacencia, ni para los vencedores, ni para los vencidos”. Bennassar señala, además, que ambos bandos no han dejado de “portarse como agencias de desinformación y fábricas de rumores y mentiras, con una constancia sin falla y una perfecta mala fe”. Acepta con prudencia las conclusiones del libro coordinado por Santos Juliá, *Víctimas de la Guerra Civil*, las cifras de más de 120,000 víctimas de las dos represiones y concluye que durante la guerra misma “la violencia asesina de la revolución igualó a la de la

<sup>19</sup> Antonio Cazorla, “¿Qué hacer con nuestra guerra?”, en *El País*, 3 de abril 2005.



Romano

reacción, lo que, además, es lógico, ya que —al menos hasta el final de 1936— la España del Frente Popular contaba con una población mayor”. No es políticamente muy correcto el amigo Bennassar... El libro concluye con reflexiones sobre la memoria de la Guerra Civil hoy día. Aprueba la creación de la “Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica”, siempre y cuando esta “recuperación sea total, diferenciada, precisa y dirigida con método y rigor”. Va a ser difícil. Por eso rechaza el libro *Las fosas de Franco*<sup>20</sup> como “modelo a no imitar”, por su confusión y exageración, cosa que ocurre también con *Las fosas del silencio*.<sup>21</sup>

El silencio sobre la represión republicana está desapareciendo, sin ser siempre el hecho del neofranquismo: François Godicheau hizo su tesis de doctorado sobre Cataluña;<sup>22</sup> revisa la historia de la corriente anarquista, la guerra civil en la guerra civil que vivió Cataluña, “el proceso

<sup>20</sup> Emilio Silva y Santiago Macías, *Las fosas de Franco*, Madrid, Temas de Hoy, 2003.

<sup>21</sup> Montse Armengou y Ricard Belis, *op. cit.*

<sup>22</sup> *La Guerre d'Espagne, République et Révolution en Catalogne*, París, Odile Jacob, 2004.



Centeno

inconfesable de disciplinización y casi de bolchevización” de la CNT, la represión implacable en el Estado republicano moribundo.

Jorge M. Reverte en *La batalla de Madrid* cuenta cómo ciertos republicanos practicaron una política de exterminio del adversario, “una rutina de la muerte” que describe con todo detalle y documentación. Demuestra que las “sacas” de presos, los “paseos”, no fueron una práctica incontrolada e incontrolable, como lo han dicho a veces los defensores de la memoria republicana. Cita un acuerdo del comité nacional de la CNT con la Consejería de Orden Público de la Junta de Defensa sobre “ejecución inmediata, cubriendo responsabilidad, de fascistas y elementos peligrosos”.<sup>23</sup> “He querido contarme a mí mismo, dice Reverte, algunas cuestiones que no están claras, como el afán de los anarquistas por hacerse con la hegemonía militar o la represión organizada en Paracuellos”.<sup>24</sup> Es la única manera de desarmar al “revisionismo neo-franquista” de un Pío Moa.

<sup>23</sup> Jorge M. Reverte, *La batalla de Madrid*, Barcelona, Crítica, 2004.

<sup>24</sup> Entrevistado en *El País*, 23 de septiembre 2004, p. 31.

Es lo que hace Ignacio Martínez de Pisón en *Enterrar a los muertos*,<sup>25</sup> libro sobre el asesinato de José Robles, traductor de John Dos Passos y víctima republicana de los comunistas. Dos Passos abandonó el rodaje del documental “Tierra española”, porque lo comprometía en el silencio sobre los asesinatos que conocía. No aceptó las purgas del Partido Comunista y de los comisarios soviéticos como valor supremo de la defensa de la República. Esa pintura de la moral totalitaria de izquierda hará rechinar dientes; todavía hay gentes para considerar a George Orwell como un fascista.

### Pío Moa y la historiografía neofranquista

Pío Moa es un autor prolífico y un best-seller. La lectura de sus *Mitos de la Guerra Civil*,<sup>26</sup> libro que rebasó los 100,000 ejemplares vendidos en los primeros seis meses, es suficiente para entender el fenómeno, la inevitable resaca que era de esperarse después de tanta “memoria roja”; encarna la “memoria azul”. Moa acusa a los historiadores de ser los cómplices de la falsa memoria roja, los tejedores o notarios de los “mitos” rojos. Denuncia una supuesta incompetencia profesional, envenenada por el resentimiento de los vencidos que calumnian a los vencedores. Se presenta como un demócrata y al general Franco como el hombre que salvó a España del totalita-

<sup>25</sup> Ignacio Martínez de Pisón, *Enterrar a los muertos*, Barcelona, Seix Barral, 2005.

<sup>26</sup> Pío Moa, *Los mitos de la guerra civil*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2003.

rismo, no sólo del totalitarismo de Stalin, sino también del de Hitler, antes de llevarla hacia la modernización y... la democracia. Con razón, Antonio Cazorla protesta contra lo que “ha venido haciendo Moa, cuestionar y hasta insultar de forma absoluta el trabajo de los historiadores profesionales, tachándolos de ser parciales [...] Es cierto que la crítica hacia la producción académica, si se ignora el insulto barato, contiene elementos de verdad ...”.<sup>27</sup>

Pío Moa, después de un largo peregrinar político-guerrillero, que lo ha llevado de la izquierda armada (GRAPO) hasta la derecha española contemporánea, ha intentado provocar, de cierta manera, el equivalente español del famoso *Historikerstreit* alemán; pero él no es Ernst Nolte, sino un hábil recuperador de la vieja historiografía franquista con todo y sus mitos<sup>28</sup> que recicla con gran éxito de ventas. La primera edición de su grueso volumen sigue de poco la apertura



Fernández

<sup>27</sup> Antonio Cazorla Sánchez, “¿Qué hacer con nuestra guerra?”, en *El País*, 3 de abril de 2005.

<sup>28</sup> Por eso, Enrique Moradiellos se decidió a escribir para un público mayor que el de sus colegas 1936. *Los mitos de la guerra civil*, op. cit.



Orozco

de las primeras fosas comunes de la represión franquista, apertura que a su vez venía al final de una avalancha, durante varios años, de libros de “memoria roja”. Fue la contestación bastante eficiente de la derecha y de la “memoria azul”, que alcanzó, sin embargo, un público que va más allá del electorado del Partido Popular; parece que los jóvenes, aburridos por la enseñanza de la historia escolar, se han precipitado sobre el libro de Moa.

La academia tardó en contestar a su retador, en gran parte porque le parecía absurdo lidiar con un detestable “amateur” que no aportaba nada nuevo; luego se dio cuenta de que el éxito de Moa bien podía responder a un pedido social y que no se le podía dejar actuar en plena libertad. Rápidamente, el debate, y eso era inevitable, tomó una coloración política, lo que encantó al gladiador. Stanley Payne, el historiador americano, buen especialista de la España contemporánea,<sup>29</sup> tomó su defensa en la *Revista de Libros*,<sup>30</sup> mejor

dicho, denunció la dictadura de lo “políticamente correcto” en la historiografía española, en una España incapaz de examinar libre y serenamente su pasado, puesto que los perdedores “ganaron en gran parte la batalla de la propaganda”. En nombre del espíritu crítico, Payne nos invita a liberarnos de nuestra lectura ideológica de la historia “más digna de la Italia fascista o de la Unión Soviética que de la España democrática”. Tal cual. Tales contribuciones no hacen progresar el debate de fondo, ni el conocimiento.

Javier Tusell hizo entonces observar que la empresa de Moa contradecía la resolución del Congreso sobre el “golpe” de 1936, resolución aprobada en 2002 por todos los partidos, después de años de discusiones. Lo de Moa sería “una ofensa al espíritu de la transición y de la reconciliación”. A lo cual Moa pudo contestar tranquilamente que la “memoria roja” offendía el mismo espíritu y que él no hacía más que devolver el golpe.<sup>31</sup> Pero con razón dice Tusell que “lo abracadabrante es utilizar este de argumentación

histórica para la batalla política diaria y actual. A partir de uso la convivencia es imposible”

¿Entonces? ¿Será que las dos Españas cabalgan otra vez la una contra la otra? Y ¿dónde está la tercera? Alguien dijo que hay tres Españas de hecho, las dos de los convencidos y fanatizados de cada bando y la del 80 por ciento restante, los que quedaron en medio (de la guerra) y sólo aspiraban a sobrevivir. En sus memorias, Pío Baroja apunta que habían fusilado al cura Ariztimuño, nacionalista convencido que bendijo al pelotón que lo ejecutaba. “¡Qué credulidad más extraordinaria! Es lástima que hombres inteligentes y honrados puedan tener una fe así de mandinga o de hotentote”. Luego, otro día: “Han fusilado a un médico de un pueblecillo próximo, nacionalista vasco exaltado que se negó terminantemente a gritar ¡viva España! ¡Qué absurdo fanatismo! Qué importa que quede en el aire un ¡viva España o viva Franco o viva la Pepa!”.<sup>32</sup> ¿Pertenece Pío Baroja a esa España tercera?

Y ¿cómo situar a Salvador de Madariaga? Javier Tusell le rindió un hermoso homenaje póstumo: “Nunca se abonó a ninguno de los bandos contendientes y, además, intentó el advenimiento de la paz a través del único procedimiento realmente viable, la mediación de las potencias democráticas. Doble lucidez, por tanto, la suya: la de los principios y la de los instrumentos”.<sup>33</sup>



<sup>29</sup> Acaba de publicar en la editorial de Moa *El colapso del Rey. Los orígenes de la guerra civil*, Madrid, La Esfera de los libros.

<sup>30</sup> *Mitos y tópicos de la guerra civil*, julio-agosto 2003.

<sup>31</sup> Javier Tusell, “El revisionismo histórico español”, en *El País*, 8 de julio 2004, p. 11; véase también sobre el tema, de Julián Casanova, “Mentiras convincentes”, en *El País*, 14 de junio 2005, p. 14.

<sup>32</sup> Pío Baroja, *La guerra civil en la frontera. Desde la última vuelta del camino*, t. VIII de sus memorias, Madrid, Garo Raggio, 2005.

<sup>33</sup> Javier Tusell, “Intelectuales en crisis”, en *El País*, 4 de diciembre 2004, p. 12.

¿Tendremos, nosotros los historiadores, que seguir el ejemplo de don Salvador para no enterrarnos en una u otra trinchera como combatiente o camillero de la nueva guerra de las memorias?

### Bibliografía

- ARMENGOU, Montse y Ricard Belis, *Las fosas del silencio*, Barcelona, Plaza y Janés, 2004.
- AVILÉS FARRÉ, Juan, *La fe que vino de Rusia. La revolución bolchevique y los españoles, 1917-1931*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.
- BENASSAR, Bartolomé, *La guerre d'Espagne et ses lendemains*, París, Perrin, 2005.
- CARDONA, Gabriel y Juan Carlos Losada, *Aunque me tires del puente*, Madrid, Aguilar, 2004.
- CASANOVA, Julián, *La Iglesia de Franco*, Madrid, Temas de Hoy, 2002.
- CASANOVA, Julián (coord.), *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco*, Barcelona, Crítica, 2002.
- CAZORLA SÁNCHEZ, Antonio, *Las políticas de la victoria. La consolidación del nuevo Estado franquista, 1938-1953*, Madrid, Marcial Pons, 2000.
- ESPINOSA MAESTRE, Francisco, *La justicia de Queipo. Violencia selectiva y terror fascista en la II División en 1936*, Sevilla, autoedición, 2000.
- GODICHEAU, François, *La Guerre d'Espagne. République et Révolution en Catalogne*, París, Odile Jacob, 2004.
- JULIÁ, Santos (ed.), *Violencia política en la España del siglo XX*, Madrid, Taurus, 2000.
- JULIÁ, Santos, *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004.
- MIR, Conxita, *Vivir es sobrevivir. Justicia, orden y marginación en la Cataluña rural de posguerra*, Lleida, Milenio, 2000.
- MOA, Pío, *Los mitos de la guerra civil*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2003.
- MORADIELLOS, Enrique, *La España de Franco (1939-1975)*, Madrid, Síntesis, 2000.
- MORADIELLOS, Enrique, *1936. Los mitos de la guerra civil*, Barcelona, Península, 2004.
- NÚÑEZ DÍAZ BALART, Mirta, *Los años del terror. La estrategia de dominio y represión del general Franco*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2004.
- PAYNE, Stanley, *Unión Soviética, comunismo y revolución en España 1931-1939*, Barcelona, Plaza y Janés, 2003.
- PAYNE, Stanley, *El colapso de la República. Los orígenes de la Guerra Civil, 1933-1936*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005.
- REVERTE, Jorge M., *La batalla del Ebro*, Barcelona, Crítica, 2003.
- REVERTE, Jorge M., *La batalla de Madrid*, Barcelona, Crítica, 2004.
- SEVILLANO CALERO, Francisco, *Exterminio. El terror de Franco*, Madrid, Oberón, 2004.



**Octaviano de la Mora**  
FOTOGRAFO.

—Fotografías por todos los procedimientos modernos.—  
Especialidad para niños.

Segunda de San Francisco núm. 4.--México.